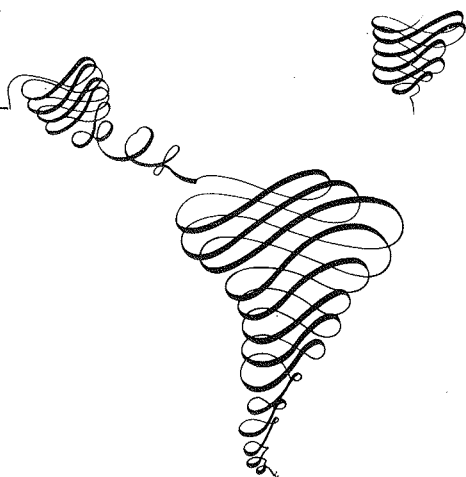




Seis sombras en la niebla rusa

Alfonso Echánove

EN la hora cero de Rusia, apenas hay buenos auspicios. La situación económica espantosamente deteriorada, la política, insegura, el ejército, en peligrosa crisis de desempleo, el desmembramiento de las repúblicas, la sospecha de tendencias involucionistas, los restos de la situación policial, el carácter pasivo y negligente de los rusos, el absentismo laboral y los cuarenta millones de alcohólicos censados..., no son imaginaciones sino ásperas realidades que han cogido por sorpresa a todo el Occidente, tras tanto haber suspirado por la desaparición del sistema ideológico-político. Rusia, en definitiva, de ser la segunda superpotencia se ha convertido en el cadáver de un elefante que, por su magnitud, apesta a todo el mundo.

Este es el retrato de consumo ordinario que se nos reparte en los medios de difusión. ¿Coincide con la realidad al 100 por 100, o existe un deliberado cultivo del catastrofismo, regido por criterios tan diversos como pueden ser la nostalgia izquierdista, la ceguera derechista, el afán crematístico de los medios informativos o la maquiavélica estrategia de los fabricantes de armas?

Las dudas que nos suscita la nueva y singular situación de lo que fue la URSS, nos mueve a manosear de nuevo, con ánimo clarificador, algunos de los tópicos más frecuentes al respecto.

1. ¡Pobre Gorbachov...!

HAY muchas razones por las que las sencillas gentes occidentales lamentan el mutis por el foro que ha realizado el último secretario General del PCUS. En la memoria de todos quedará la gratitud por haber propiciado la liberación de Europa Oriental, y haber abierto en su propio país la espita arrolladora de los cambios. Por otra parte, en este mundo de la televisión, donde una imagen vale más que mil palabras, su sonrisa franca y segura, su «bonhomie» dialogante, sus audaces ofertas de desarme, su estilo occidental, le han abierto la acogida cordial de todos. No es extraño que hoy, en el momento de su desaparición de la escena política, la gente *lo sienta*.

La gente no suele tener en cuenta otros aspectos de fondo y forma que también son parte de la figura Gorbachov. En lo más hondo de su ser, todo cuanto Gorbachov, como buen comunista, intentó hacer, pretendía devolver a la URSS el brillo, la potencia y el vigor de la Revolución de Octubre, aplicando la táctica leninista de ceder de momento tanto terreno cuanto fuera necesario. La jugada le salió mal.

Esa constante «restauracionista» —que no «reformista»—, denotaba la miopía política de Gorbachov como hombre del «apparat» burocrático, casi siempre de espaldas a la realidad social del pueblo. Gorbachov, visto desde el principio por sus conciudadanos con mirada distante y escéptica, perdió su escaso apoyo cuando el pueblo comprobó que su «perestroika» apenas era, en realidad, sino un vaciamiento del control político, institucional y gubernativo del enorme país. Reformas potencialmente positivas como la de la tierra o la de la empresa, por su cicatería, no llegaron a inspirar confianza popular.

Tampoco valora la gente que el, allende sus fronteras, bondadoso Gorbi, se enzarzaba en lucha navajera contra Yeltsin y otros reformistas, a quienes quería impedir el progreso de sus proyectos, o que tras el fraternizante diálogo con los lituanos a través del capó de un coche, que dio la vuelta al mundo, se comportó de manera harto innoble en la autorización de la masacre del 13 de enero en Vilna contra los independentistas, que costó numerosos muertos y heridos.

Estos aspectos negativos, son puestos en de manifiesto ahora por no pocos articulistas que, con clarividencia algo tardía, ponen los puntos sobre las íes al singular estadista. A corto plazo, y en tanto la historia no apure rigurosamente los extraordinarios sucesos que nos ha tocado vivir, ya no es mucho lo que queda por decir acerca de Gorbachov. Para cualquier observador, Gorbachov estaba políticamente muerto desde el golpe del 19 de agosto (V. Mijail Gorbachov, RAZON Y FE, Set-oct., 1991, págs. 183-190). Pero Rusia sigue, Gorbachov ha sido una figura

que ha llenado nuestro asombro durante los últimos años. Pasará a la historia, dicen todos. Así es. Ya está en ella. Pero poco habremos de esperar para saber si dentro de un año habrá alguien que todavía le recuerde.

2. Hay que ayudar a Rusia

¿A qué? A sobrevivir. Y sólo eso. Lo que los rusos y adyacentes quieran después añadir sobre la mera supervivencia (hambre, frío), *han de ser ellos mismos quienes lo decidan*. Tienen derecho, como cualquiera, a *buscarse* su nivel de vida, lo que significa *trabajarlo*. Pero esta es la dificultad máxima par los «rusos».

Lo intentó Pedro el Grande, sin excesivo éxito. Lo continuaron otros zares, siempre con la mortal losa del atraso. Lo planificó terriblemente Lenin y lo ejecutó sin piedad Stalin. Y a pesar de todo, el hombre ruso no ha cambiado. Cuando a fines del XVIII y principios del XIX las naciones de Europa Occidental y los nacientes Estados Unidos buscaban imaginativamente formas de convivencia democrática sudando su industrialización, los pocos rusos que buscaban algo, sólo buscaban expansiones territoriales y salidas al mar. El resto, es decir, el pueblo, los millones de masas aldeanas dispersas por aquella inmensa geografía, no buscaba nada. Esperaba sin impaciencia las órdenes del señor, anegando su imaginación en «vodka».

Hoy, después de setenta años de despotismo burocrático acentuado, con mayores niveles de instrucción y con la forzosa apertura de horizontes que proporcionan los «mass media», *es posible* que la mentalidad del ruso —por lo demás, muy reducido a la mediocridad después de las talas de la «intelligentsia» a que le sometieron, primero Lenin (burguesa), y luego Stalin (soviética)—, haya cambiado algo. *Es posible* que desee *más* que antes. Pero esto es algo que habrá de ser demostrado en los años sucesivos.

Aterrizando en el presente, hay que decir que los instrumentos de ayuda occidental a los países del Este están ya en pleno funcionamiento. Miles de toneladas de alimentos, ropa y medicinas llegan cada día a las ciudades de Rusia y Ucrania. Es difícil decir si esta ayuda es o no suficiente para paliar las carencias actuales. Pero no se pueden sustituir al esfuerzo organizativo que para repartirla y poder demandar más, emplee el propio pueblo, sus mandos, sean nuevos o viejos, su herrumbrosa estructura, su improvisación, su interés. Lo que el Occidente pueda hacer en materia de ayuda inmediata termina en la actitud de unas pocas voluntades «de allí».

Es evidente que, dadas las aspiraciones que como Estado mantenía la extinta Unión Soviética, y la modernidad a la que aspiraba, el paso siguiente de ayuda habrá de dársele de forma mucho más precisa, sectorial y técnica. Habrá que ayudar a despertar y educar el espíritu empresarial, prácticamente inexistente, la competitividad con su forzoso «stress», la iniciativa política y sindical, el deseo de mayores niveles de bienestar. No es seguro que estos niveles —que son los nuestros— sean para ellos la meta más apetecible. Pero si es eso lo que desean, que lo busquen, que lo trabajen, que lo consigan por su propio esfuerzo y..., mediante la ayuda occidental. Por este orden. Lo que no sería juicioso sería crear en ellos la expectativa de la «felicidad» consumista que, si tan engañosa es para las sociedades trabajadoras y evolucionadas, mucho más lo será para quienes pretenden disfrutarla sin esfuerzo. El ejemplo vivo existe ya en la frustración amargada de los alemanes orientales.

3. El alarmismo nuclear y otros alarmismos

LA alarma por algo podrá estar, o no, justificada. El «alarmismo», sin embargo, es una excrescencia del concepto de alarma, que sin más fundamento que esta, pero con verosímiles motivos, adquiere fuerza propia y se agiganta como el pánico que pintó nuestro Goya.

En la nueva situación de Rusia, el fundamento para la alarma se apoya en la existencia de un ejército numeroso y cada vez más carente, y sobre todo, se acenúa en relación con las armas nucleares, que mantienen su capacidad destructiva sin haberse visto directamente afectadas por el debilitamiento y desaparición definitiva de la URSS. Que estas armas *pudieran* ser utilizadas en una guerra civil, que *pudieran* caer en manos desaprensivas, que *pudiera* mercadearse peligrosamente con ellas para adquirir los bienes de consumo, tan necesarios, son motivos legítimos de cuidado, alarma y prevención. Los especialistas saben que no es demasiado fácil poner en funcionamiento esos ingenios, pero mientras existan no pueden ni deben ser ignorados. Pero creemos que quienes mayor poder detentan tanto en Rusia como en los Estados Unidos, conocen esta realidad y la mantienen bajo control.

El alarmismo no se conforma con estas seguridades. Prefiere mantener viva la tensión del miedo, conservar activos los clichés del antagonismo, porque de no hacerlo se evaporaría sin remedio la filosofía que ha dado sentido a su conducta durante tantos años. En el derechista, porque hizo de Lenin y su sistema una doctrina cuasi indestructible, justificando con ello su propio conservadurismo social. En el izquierdista —del que hablamos más abajo— porque quiere mantener

vivo, al menos, el rescoldo ideológico que algún día pueda ser activado, y no sería bueno para este fin que el comunismo desapareciera del horizonte político.

Por unas y otras razones, vivimos tiempos insólitos en los que las vagas amenazas, incomprensiblemente, nos inquietan más que las concretas del tiempo de la guerra fría. Pero en estas reacciones, comprensibles en el simplismo de la psicología de masas, empieza a germinar duramente el egoísmo de la riqueza amenazada. La Europa del 93, que trabajosa y seguramente camina hacia la unión, no ha incluido todavía entre sus presupuestos morales la tendencia hacia el igualitarismo social, ni cultiva la solidaridad con la fuerza con la que se empeña en la viabilidad de los procesos productivos. Y el pánico procedente del Este, con sus masas de pedigüños, o del sur, con sus tostados musulmanes al acecho del asalto al Mediterráneo, está empezando a crear escudos defensivos institucionalizados que en algunos casos llegan al racismo descarado.

4. La nostalgia izquierdista

DURANTE muchos años, la izquierda fue un lujo intelectual que, con frecuencia, dotaba a sus portadores de una indiscutida elegancia. Los profundos motivos de igualitarismo social que abanderaba la postura izquierdista, no sólo cohonestaban cualquier otra actitud superpuesta de carácter cultural, artístico, profesional, sino que pretendían sin posibilidad de réplica, que el hombre de izquierdas era el modelo más completo de humanismo. Frente a la izquierda se levantaba siempre la derecha burguesa, egoísta, elitista e inasimilable en la nueva sociedad del futuro. Siempre fue superior Antonio, el «bueno», a su hermano, el decadente «dandy», Manuel.

El vuelco del socialismo real, con el muestrario de debilidades, corrupciones e incompetencias que ha puesto de manifiesto, ha cortado la hierba bajo los pies de sus simpatizantes, que no se resignan —y es lógico— al fácil abandono de su causa. Los partidos comunistas estuvieron nutridos de seguidores convencidos. Algunas veces, como en España y Portugal (y anteriormente Alemania), bajo circunstancias extremadamente duras de clandestinidad y persecución. Otras veces, como en Italia y en Francia, conviviendo democráticamente con los adversarios en espera de la tierra prometida del triunfo que nunca llegó. Finalmente, en la URSS y en los países de Europa Oriental, disfrutando sin trabas de todos los privilegios del poder. Son estos últimos, los más en número y en diversidades nacionales, los que sin excepciones han demostrado la inviabilidad del comunismo.

Y son los otros —escritores, artistas, filósofos, especialmente los que por su fama o brillo social se habían expresado en años anteriores con mayor seguridad y

atractivo—, los que ahora, frente al cadáver de la URSS, buscan complicadas explicaciones de la enfermedad mortal: «No fue verdadero comunismo...», «Se apartaron de Lenin...», «El mundo no estaba maduro para la utopía...», o van más allá, incluso, con talante tremendista: Los americanos han preparado el caos: lo tendrán (García Márquez); todavía no está dicha la última palabra..., etc.

5. La conversión de Rusia

EL factor religioso es y ha sido en Occidente un componente muy importante para la estigmatización del comunismo. El «comunismo ateo» ha creado en las sociedades occidentales, tanto europeas como americanas —cristianas, aunque no muy consecuentes— una barrera de separación ideológica imposible de saltar. Y esta barrera ha traducido, además, entre los católicos, estereotipos muy desfavorables para la Iglesia ortodoxa, calificándola de colaboracionista y por consiguiente, condenándola sin darle la oportunidad de defenderse. No se ha valorado suficientemente desde el catolicismo, ni la terrible presión del ateísmo militante soviético de los primeros tiempos, ni el peculiar carácter, ruso, en fin y, como tal, propenso a la pasividad, del clero ortodoxo.

Tampoco ha contribuido a una mejor comprensión el clima de cruzada potencial que se encerraba en presuntos anuncios sobrenaturales sobre la «conversión de Rusia», con todas sus tremendas simplificaciones.

La realidad a la que estamos asistiendo nos muestra una situación harto más complicada. De los casi 290 millones de almas que componían el enorme imperio, sólo unos 70 conservan, al menos nominalmente, la fe ortodoxa, otros 60 viven bajo la religión-cultura del Islam, y más de 150 millones carecen en absoluto de religión. Sólo unos 7 millones de católicos (tras la independización de las repúblicas bálticas muchos menos), representan a la apostólica Iglesia romana.

El reciente sínodo de obispos europeos ha dejado bien claros los resentimientos de la Iglesia ortodoxa, en muy buena parte justificados. Si por algún lado ha de venir la «conversión de Rusia», lógicamente lenta y poco espectacular, ha de ser básicamente sobre el «humus» de la Iglesia ortodoxa, pese a sus peculiares limitaciones, y en un clima de colaboración mucho más sincero y evangélico.

6. ¿Qué pasará?

NO vale la pena hacer elucubraciones. Lo sucedido el pasado año 91 nos debería haber curado de espantos. La fórmula

elegida (¿elegida?) en los acuerdos de Minsk y Alma Ata para hacer desaparecer el recuerdo de los setenta años de leninismo no es, en principio, ni mejor ni peor que otras. Es inédita y lo único que deja claro es que las repúblicas viven un sarampión de identidad recuperada, durante el que necesitan mirarse narcisistamente al espejo hasta que empiecen a descubrir sus arrugas. Entonces comprenderán que no han pasado en vano quinientos años de historia común y volverán a una cierta unidad. Tampoco los nuevos líderes, y especialmente el gran demagogo Boris Yeltsin, deben suscitar prematuramente excesivas esperanzas, ni tampoco reservas. El arte del político consiste meramente en comprender la coyuntura y actuar en consecuencia. «El tiempo dirá» era una frase preferida de Gorbachov.

Pero los procesos de desmantelamiento económico son más acuciantes. Rusia y los demás países implicados, carecen de todo punto de referencia en su propia historia para poder domesticar la creación de una auténtica economía de mercado. Las dimensiones de la Rusia eterna, por otra parte, no hacen sino empeorar el problema. ¿Cuántas víctimas de penuria conllevará este duro proceso para el que se pronostica no menos de una generación? Nunca lo sabremos.

Problemas políticos y económicos aparte, se menciona poco el angustioso movimiento interior. Estadísticas más o menos oficiales lo evalúan en unos siete millones de personas (i). Otras cifras lo hacen subir hasta treinta. Hambrientos, desharrapados, desasistidos, privados de los mínimos derechos ciudadanos en cuanto franquean la frontera de su república, su número desborda el bien conocido de los 17 millones de refugiados mundiales.

La especulación más alarmista y amenazante para el egoísta europeo no ha ahorrado sombríos presagios sobre la avalancha de hambrientos que se va a desparar por Europa Occidental. Desgraciadamente para ellos, no pueden. La falta de dinero, de idioma, de habilidad, de medios de transporte, de vivienda..., hacen que esta que para muchos podría ser una salvadora emigración, sea un sueño imposible.

En estas condiciones, ¿podemos desear a los pueblos rusos un feliz año 1992 sin incurrir en el sarcasmo, o, más realistamente, pedir a Dios que simplemente se lo haga llevadero?